

Dr. Martín Lutero, Predicador De Wittenberg

I

Corre el año 1512. En el jardín del convento de los agustinos en Colonia, Alemania, dos hombres discuten animadamente. El mayor de ellos propone al menor un plan, del cual éste trata de disuadirle con toda la elocuencia de que es capaz. El mayor es Juan Staupitz, vicario general de la congregación agustina de Alemania, y el menor, fray Martín Lutero, monje «de la misma orden. El plan: Lutero debe hacerse cargo del sub-priorato del convento agustino de Wittenberg, cargo que está combinado con el de director de estudios de dicho convento. Además, sería tiempo de que siguiera estudios especiales para obtener el grado de doctor en teología, y suceder a Staupitz en la cátedra que éste había ocupado hasta entonces en la universidad wittenberguense. De nada le valen al joven fraile sus aseveraciones de que le falta toda idoneidad para el desempeño de tan elevadas funciones, como tampoco le valen de nada sus evasivas cuando, más o menos al mismo tiempo, Staupitz le encomienda la tarea de predicador en el convento de Wittenberg. Staupitz insiste, y Lutero, el subordinado, no puede menos que obedecer. Así, prácticamente contra su voluntad, el fraile Martín se convierte en Doctor Martín Lutero, profesor de la universidad de Wittenberg y predicador en el convento agustino de la misma ciudad.

Quizás Lutero había predicado ya antes, ocasionalmente. Pero en realidad, como monje necesitaba para poder predicar la licencia expresa otorgada por el vicario general de su orden, de modo que bien puede tomarse aquel año 1512 como punto de partida para la actividad de Lutero como predicador. Con todo, durante la primera década de esta actividad, Lutero no debe haber predicado muy a menudo, puesto que de este período se han conservado apenas unos 200 sermones. Sólo a partir del año 1522 contamos con una serie completa de sermones de Lutero, mejor dicho, más o menos completa, pues en las anotaciones de Röer faltan los del año 1527, así como también los sermones sobre Mateo 11 a 15, predicados en días de semana durante los años 1528 y 1529. Así y todo, han sido conservados unos 2.000 sermones, lo que daría para los 34 años de actividad de Lutero como predicador —de 1512 a 1546— un promedio anual de por lo menos 70, cifra que demuestra cuan en serio tomó Lutero esta tarea que un día había aceptado con tanta resistencia. Su primer auditorio fue la congregación monástica, más tarde solía predicar en la iglesia mayor de Wittenberg, en ocasiones especiales también en la iglesia del castillo (o palatina; recuérdese que Wittenberg era la residencia del príncipe elector de Sajonia). Buena parte de sus sermones los predicó durante sus frecuentes viajes, o en su propio hogar, especialmente cuando su a menudo bastante frágil salud; le impedía abandonar la casa. Con frecuencia predicaba dos veces en un mismo día, pero el colmo lo alcanzó sin duda en los 11 días desde el domingo de Ramos hasta el miércoles después de Pascua de 1529, en que subió al pulpito nada menos que 18 veces.

La forma en que los sermones de Lutero llegaron hasta nosotros

La tradición escrita de estos sermones es muy variada. Cómo Lutero se preparaba para ellos, lo sabemos por los pocos manuscritos que se conservaron en copias. No contienen la

elaboración completa de un texto, sino más bien un breve bosquejo en palabras claves. No pocas veces, Lutero ni siquiera habrá tenido el tiempo suficiente para escribir tales bosquejos, pero aun después de haberlos compuesto, a menudo los modificaba sustancialmente estando ya en el pulpito, agregando pensamientos nuevos u omitiendo párrafos enteros. Así es como la inmensa mayoría de sus sermones llegó a nosotros en forma de apuntes tomados por alguno de sus oyentes durante el oficio religioso. Entre ellos se destaca ante todo Georg Röser, quien desde el año 1522 se dedicó con regularidad a esta tarea. Una taquigrafía en el sentido moderno de la palabra aún no existía, sólo una bastante rudimentaria para el latín. De ahí resulta que los apuntes de Röser sean una curiosa mezcla de mucho latín y poco alemán (pese a que, al menos a partir de 1522, Lutero predicaba exclusivamente en alemán) que aún en vida de Lutero sólo el mismo Röser podía descifrar más o menos correctamente. Tampoco Röser contaba con el tiempo suficiente para dar una forma más elaborada a sus escuetas notas, ni tampoco para dictar a otro, a base de ellas, el texto íntegro de los sermones. De esta manera, los apuntes de Röser cayeron al olvido y constituían un tesoro que por espacio de siglos yacía escondido en alguna u otra biblioteca. Fue el mérito de Georg Buchwald el haber redescubierto este tesoro en la biblioteca de Jena, Sajonia, en 1895. Aun se necesitaron largos y pacientes esfuerzos hasta que las anotaciones de Röser, escritas a mano con frecuentes tachaduras e intercalaciones, adquirieran forma más o menos legible. El fruto de esta admirable labor científica está contenido ahora en varios tomos de la Edición Weimariana de las Obras de Lutero. Sin embargo, no se crea que la lectura de estos sermones resulta ahora tarea fácil. Antes bien, la reconstrucción, a base de los apuntes de Röser, de lo que Lutero realmente había dicho desde el pulpito, sigue siendo un trabajo que exige no poco conocimiento de la teología de Lutero, y a menudo no poca imaginación. Lo que actualmente poseemos, a pesar del sistema taquigráfico de Röser, no son más que extractos, a veces incluso esqueletos de sermones, con notables variantes además, a raíz de diversas otras tradiciones que se han conservado, entre las cuales las más importantes son el manuscrito de Nuremberg, o Codex Solger, y un manuscrito existente en Copenhague. Tanto es así que a veces, un mismo párrafo de un sermón, según Röser y según el Códice Nuremberguense, hace creer que se trata de dos sermones diferentes sobre el mismo tema. Otro factor diversificador es el afán de editores e impresores por dar a publicidad sermones de Lutero inmediatamente después de predicados. Todo esto nos obliga a tomar incluso los apuntes de Röser con cierta cautela. Su valor como fuente para conocer la forma de predicar de Lutero es, en todo caso, menor de lo que comúnmente han supuesto los investigadores. Si bien G. Buchwald se consagró a reconstruir los sermones de Lutero de los años 1528 a 1532 a base de los apuntes de Röser y Lauterbach (editados en Gütersloh, 1925/26), sería un error creer que tenemos ahora ante nosotros en forma completa lo que Lutero dijo en aquel entonces desde el pulpito. Esto no quita que Röser sea la fuente de mayor confianza. Pues aunque no pocos de los sermones de Lutero aparecieron en forma impresa casi inmediatamente después de haber sido dados, como ya señaláramos, la verdad es que estos productos muy raras veces se remontan a Lutero mismo. Antes bien, con o sin su conocimiento, alguien "elaboró" un texto completo a base de apuntes existentes, y lo entregó a la imprenta. Es significativo que un buen número de estas "primeras ediciones" aparecieron fuera de Wittenberg, señal evidente de que Lutero no tuvo nada que ver con ellas, y que el papel primordial lo desempeñó el entusiasmo de un oyente, o la energía (o afán de lucro) de un impresor. Casos hubo en que el propio Lutero dispuso que se imprimiera un sermón suyo, precisamente para contrarrestar el efecto, negativo de tales publicaciones poco cuidadosas o poco escrupulosas. (Véase Obras de Lutero, Ed. Paidós, Buenos Aires, tomo III, pág. 17). Sin embargo, en tales casos Lutero recurría no a apuntes sino a su memoria, haciendo además diversos agregados, de manera que el sermón impreso coincide sólo hasta cierto punto con el

sermón hablado. No obstante, no se justifica del todo el escepticismo que con frecuencia se exhibe ante los sermones impresos del Reformador. Verdad es que siempre debemos contar con que el redactor o adaptador del manuscrito añadía algunas formulaciones de cosecha propia. Pero si la redacción se hacía inmediatamente después de la predicación a viva voz, y si el redactor se atenía con suficiente fidelidad a los apuntes hechos durante el culto, y si por añadidura pertenecía al entorno más bien estrecho de Lutero, el grado de seguridad de poseer un sermón aproximadamente auténtico de él es bastante elevado. No en vano advierte Lutero a los impresores que impriman sermones suyos sólo "si son de mi propia mano o si existe una primera impresión hecha aquí en Wittenberg por orden mía" (WA 10, III, 176). En resumidas cuentas: en cada sermón individual habrá que comprobar el estado de la tradición, habrá que sopesar los apuntes y la forma impresa, si es que existen los dos, acerca de su coincidencia, y habrá que verificar además cuánto uso se hizo de los apuntes.

Cabe agregar que esa "colaboración" de extraños hizo de muchos sermones de Lutero verdaderos tratados de extensión impresionante, en que las palabras vertidas por el propio Lutero representan sólo una pequeña parte, siendo todo lo demás producto de la ágil pluma y la buena intención del adaptador.

Producto total y auténticamente "luterano" son, en rigor, solamente los sermones que figuran en las así llamadas "postilas" o sermonarios preparadas por Lutero. Abarcan el período comprendido entre el 1. Domingo de Adviento hasta la Semana Santa y ofrecen para cada domingo una exposición tanto de la perícopa epistolar como de la perícopa evangélica. Durante su estadía en el castillo de Wartburgo (1521/22), Lutero compuso las primeras dos partes, o sea, la "Weihnachts-postille" (postila de Navidad) y luego la "Adventspostille" (postila de Adviento). En 1525, año de su casamiento y de la Guerra de los Campesinos, agregó la "Fastenpostille" (postila de Cuaresma). A más no llegó.

Pero hubo otros que se encargaron de llenar los claros. Un tal Esteban Roth publicó en 1526 una "Sommerpostille" (postila de verano), en 1527 una "Festpostille" (postila para días festivos) y en 1528 hasta una "Winterpostille" (postila de invierno). Al principio, Lutero escribió prólogos para estas obras, pero luego se expresó en términos más y más negativos acerca del trabajo de E. Roth. En cambio, encomendó al profesor wittenberguense Caspar Cruciger una revisión de la Sommerpostille de Roth —la cual tras alguna demora apareció en 1544—, y se apartaba del original aún más que la recopilación de Roth. En el mismo año se publicó además la así llamada "Hauspostille" (postila doméstica), sermones dados en casa por enfermedad o debilidad, editada por Veit Dietrich, y en 1559, muerto ya Lutero, una especie de obra competitiva redactada por el pastor luterano Andrés Poach, menos arbitraria que la de V. Dietrich. Estos sermonarios recurren a apuntes e impresiones ya existentes y someten este material a tratamientos de variada índole, de modo que las postilas poseen valor como fuentes sólo cuando el material original que elaboraron ya no existe. Pero aun entonces se recomienda un cuidadoso análisis de caso en caso. Como ya queda dicho, carácter de sermones auténticos de Lutero poseen únicamente los que están contenidos en la Kirchenpostille (1521/22 Wartburgo y 1525 Wittenberg). Al leerlos conviene sin embargo tener en cuenta que no se trata, en realidad, de sermones predicados (yo mismo, observa Lutero más tarde, no predicaría tan ampulosamente), sino de sermones de escritorio, o sermones modelo, para uso de los predicadores que por sus conocimientos aún escasos acerca de lo que es un sermón evangélico, no estaban en condiciones de producir por sí mismos un buen sermón, y además debían servir al padre de familia para su culto en el hogar.

Cabe agregar que los títulos y subtítulos de los sermones no figuran en el texto original de la WA, sino que fueron añadidos en la Ed. de Calw para facilitarle al lector el entendimiento. Con

la misma intención los reproducimos en nuestra traducción al castellano, para la cual dicha Edición de Calw (alemana) fue una valiosa ayuda.

II.

El significado del sermón en la obra de Lutero

En su celda monacal, Lutero había redescubierto el evangelio, la buena nueva del Hijo de Dios, dado a y por los hombres. Este evangelio del Cristo de Dios era para él el centro de la Escritura, el verdadero tesoro de la iglesia. Mas si en el evangelio se ofrecía al mundo el perdón de los pecados y una nueva justicia, era preciso hacérselo saber, ya que las nuevas de gran gozo eran para todo el pueblo. Lo que la cavilación del monje había descubierto como contenido básico de la palabra de Dios, debía ser comunicado también a los demás: a la congregación de Wittenberg reunida en la iglesia, a los estudiantes en las aulas de la universidad, al pueblo alemán entero que desde la publicación de las 95 Tesis miraba con tensa atención a Lutero, el hombre que se había atrevido a hablar un idioma distinto del que empleaba la iglesia omnipotente. Había que demostrar, con las palabras de la Biblia, qué significaba el envío del Hijo de Dios, y cuál era el don que con él recibía la humanidad, para encender en el mundo, como reacción, el fuego de un amor a Dios que lleva como fruto el servicio al prójimo.

Que Lutero quería insistir en la palabra (das Wort treiben) y en la palabra sola: esto constituye la diferencia fundamental entre sus sermones y otros productos que circulan bajo el nombre de sermón. El Reformador no quería volcar al público desde el pulpito sus propias experiencias religiosas. Verdad es que sus sermones son también testimonios elocuentes de su genialidad, de lo íntegro y elevado de su carácter. Pero esto es sólo el subproducto, no la materia en sí. Pues Lutero no se publicita a sí mismo, sino que entrega un mensaje que él mismo ha recibido sin mérito propio, y que ahora tiene que transmitir por virtud de su llamado al ministerio y so pena de perder su eterna bienaventuranza si no lo trasmite. Tampoco quería Lutero valerse del servicio religioso, por ejemplo, para propalar sus "pensamientos revolucionarios" en cuanto a la Biblia o a la doctrina de Cristo y de los apóstoles, ni están sus sermones al servicio de algún programa humano, ni siquiera al servicio del "movimiento reformista". Lo único que interesaba al predicador Lutero era que mediante su servicio, la palabra de Dios llegara al hombre en forma clara e inadulterada.

Esta palabra da al hombre el testimonio de que Dios es el Señor. Para Lutero, toda predicación tiene como premisa el 1. Mandamiento. El hombre natural, confiando en sus propias fuerzas, lo toma como un desafío al que él tiene que responder con sus buenas obras. Espera poder ganarse el favor de Dios; cree que su comportamiento correcto inclina a Dios a ser su Dios. Pero esto es el camino al fracaso. Bien pronto el hombre tiene que darse cuenta de su impotencia y pobreza —si es que es sincero. Se produce entonces una sensación de culpabilidad, una experimentación de la ira divina que pesa sobre el transgresor, y por último, la desesperación. Cuanto antes se dé cuenta el hombre de que el camino de abajo hacia arriba no conduce a la meta ansiada, tanto mejor para él, pues tanto más se abrirá a la prédica inaudita y salvadora del evangelio. Por esto, Lutero vio en la predicación de la ley la preparación imprescindible para desmenuzar toda confianza falaz, y por esto predicaba constante y conscientemente la ley,

sabiendo, sin embargo, que con esto hacía un "opus alienum", una obra ajena. Su "opus proprium" era el de predicador del evangelio.

La predicación del evangelio cuyo conocimiento se le había abierto a Lutero tras dura lucha interior, también tiene como punto de partida la certeza, comunicada por el 1. Mandamiento, de que Dios es el Señor. Pero aquí se produce ahora un movimiento a la inversa. Aquí es Dios el que actúa, y el hombre recibe, por medio de la fe. Aquí no es el hombre el que hace una obra y luego espera la respuesta aprobatoria de Dios, sino antes bien, Dios se entrega a sí mismo al hombre, y el hombre responde en fe y obediencia. Es un movimiento que comienza en lo de más arriba: en el corazón de Dios quien quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad, y sean colocados bajo el dominio de Dios en su reino eterno. A este efecto, Dios se nos reveló: envió a su Hijo, anunciado "por los profetas que fueron desde el principio", y nacido de mujer cuando hubo llegado el cumplimiento del tiempo. Este Hijo nos quiere llevar a la mansión del Padre porque tiene compasión con el pueblo: extiende su mano hacia sus hermanos los hombres, y los hace testigos de su gracia. En la iglesia empero, esta gracia se muestra constantemente en acción: los profetas y apóstoles primero, y los predicadores debidamente llamados por la iglesia después —como portadores y propagadores del testimonio apostólico y profético—, todos ellos son la prolongación del brazo de Dios mediante el cual el Señor trata de atraernos. Cuando ellos predican a Cristo el Señor, Cristo mismo predica: "Nuestro Señor y Dios mismo quiere ser el predicador", dice Lutero comentando lo dicho por Cristo en Lucas 10:16 ("el que a vosotros oye...").

Sin embargo, este hablar de Dios en el evangelio es para el hombre un tropiezo, un escándalo. Lutero lo subraya siempre de nuevo. Es algo que contradice al orgullo humano que quiere modelar su destino con sus propias manos. Ante la gracia de Dios, toda grandeza, sabiduría, potencia y piedad humanas quedan anonadadas. Ni la buena voluntad ni la propia razón o poder nos acercan un solo paso a Dios. "Predicar a Cristo es una provocación contra la carne; predicar la carne es una provocación contra Cristo", afirma el Doctor de las Sagradas Escrituras en Wittenberg. Y así como es provocador el mensaje de la gracia, son provocadores también los mensajeros. El Salvador del mundo es un miembro del despreciado pueblo judío. El rey yace en un pesebre. El inocente es juzgado como pecador. El príncipe de la vida muere en la cruz. El testimonio original de él nos lo dan hombres de otro tiempo, otra raza, hombres que se reconocían a sí mismos como nada perfectos. Y hoy día, el oficio de la predicación está en manos de hombres cuyos defectos e incapacidad están a la vista de todos. ¿Cómo habrían de ser ellos instrumentos de Dios? Con sus vicios y virtudes, con la simpatía de que gozan por parte de unos y la antipatía que inspiran a otros, ¿no son más bien un gravísimo impedimento para el actuar de Dios?

Lutero sabe todo esto. Pero no obstante las dificultades inherentes, el cometido de un predicador no es un cometido imposible de cumplir. Pues lo que el predicador dice, no lo tiene que extraer de su propia inventiva; tiene ante sí como norma el testimonio de los profetas y apóstoles, norma clara y precisa. No tiene que ser más que un fiel administrador del tesoro que le ha sido confiado. "Predicar" por ende significa explicar el texto bíblico para conducir a la congregación hacia Cristo. Lutero trata el texto no como un mero documento histórico, tampoco como simple fuente de un sistema de pensamientos teológicos; antes bien, presenta las Escrituras (er trägt die Schrift herfür) como testimonio del Cristo para nosotros. Su única preocupación es "den Text herausstreichen", hacer resaltar el texto, darle tono y colorido para que llegue a ser un mensaje vivo, claro y coherente para los fieles. Por esto, Lutero se ajusta estrictamente a su tema, trata de captar el significado particular de cada texto y desdeña todo aditamento puramente retórico. Salvo raras excepciones, no arranca con algún punto de conexión al margen del texto,

por ejemplo la celebración de cierta fiesta o una disposición especial de ánimo de sus oyentes, sino que va directamente al grano. No tiende puentes del oyente al texto, demostrando por ejemplo a la razón dubitativa la realidad de los milagros de Dios, o tratando de captar la benevolencia de sus oyentes con palabras de dulce son, o discutiendo cuestiones del momento para asegurarse así oídos atentos. No; la buena nueva de Cristo fue destinada por Dios al mundo entero; con ello, ya está acondicionada automáticamente, por decirlo así, al hombre real tal como éste se presenta en todo tiempo ante Dios como prisionero de Satanás, dominado por la muerte, el pecado y la carne. Renunciando así a toda conexión artificial, Lutero logra una conexión genuina con el hombre que con los problemas de su orgullo y su desesperación es el mismo hombre en cualquier estado y oficio, en cualquier sexo y edad, en cualquier vestido o uniforme, a saber, el hombre cuya miseria movió a Dios a compasión eterna.

A este hombre real trata de alcanzarlo realmente la predicación de Lutero. El renunciamiento a toda conexión falsa no implica que el sermón esté ubicado fuera de su época. Al contrario, en el momento en que Lutero predicó sus sermones, éstos eran de palpitable actualidad, ajustados estrechamente a su tiempo, de modo que resultaría anacrónico querer limitarlos sin más ni más. Él quiere grabar la palabra de Dios en el corazón del oyente de aquel entonces. Explica el texto, para los fieles que están sentados delante de su pulpito. Da testimonio de Cristo ante los wittenbergueses del siglo XVI. Fustiga los pecados concretos de su época, lucha contra los "Errores y contra la tergiversación del evangelio, que estaban en boga en sus días. Arranca a sus contemporáneos la máscara de su piedad hipócrita detrás de la cual ocultan su impiedad, y consuela a los afligidos, amenaza y promete, estimula y refrena, siempre en la forma como lo exige el momento. Pues el objetivo es que el oyente real entienda el texto bíblico. A este propósito sirven todas estas tantas veces ensalzadas características de la predicación de Lutero. Si sus oyentes son eruditos de fama mundial, o príncipes, o nobles, Lutero siempre predica sin artificios, en forma enteramente natural, de manera que aun las almas más sencillas pueden entenderle sin dificultad. Tan llano, gráfico, a veces también un poco rudo es su lenguaje, que los sermones de Lutero no difieren en nada, en lo que a su forma exterior se refiere, de sus conversaciones habituales en la mesa y en rueda de amigos. Lutero no sabe de una distinción entre estilo "espiritual", lleno de unción, y estilo "mundano", natural de todos los días. Para él, la palabra de Dios es palabra al hombre tal como es, y por eso no sólo santifica el culto, sino que también penetra en la vida diaria. Por eso, Lutero habla a Melancton en la misma forma en que habla a sus siervos y criadas. Se coloca al nivel de sus oyentes, y procura que los oyentes puedan llevar a casa algo, de lo oído en la iglesia; por esto tampoco se esfuerza por evitar repeticiones. Unas veces relata detalladamente toda una historia para acercarla a la comprensión de sus oyentes como un hecho ocurrido en beneficio de ellos. Otras veces extrae de un largo párrafo un solo versículo para aclararlo desde los más diversos puntos de vista. Pero siempre tiene en vista el mismo fin: hacer que la gente llegue a comprender cabalmente la palabra bíblica en cuestión. Por consideración hacia el poder de captación de sus oyentes, Lutero habla además con bastante lentitud, y, a diferencia de los sermones interminables en boga en las postrimerías de la Edad Media, se hace por norma predicar sermones breves (de no más de una hora de duración).

La palabra de Dios está para ser oída, creída, confesada y vivida. Por eso reclama auténticos oidores y hacedores. Lutero lo expresa así: "Debemos temer y amar a Dios, de modo que no despreciemos su palabra y la predicación de ella, sino que la considérenlos santa, la oigamos y aprendamos de buena voluntad" (Catecismo menor, Explicación del 3. Mandamiento). Un "público oyente" en el sentido moderno de la palabra, que está habituado a esperar que desde el pulpito le dirijan una plática religiosa o una plática sobre religión, nacía tiene que ver con una congregación reunida en torno de la palabra y a causa de ella. Pues la palabra tal como la

predicaba Lutero con tanta insistencia, precisamente busca apartar al oyente del alardeo con sus propias experiencias religiosas y de la admiración de sus propios sentimientos piadosos. Tenemos que desprendernos de nosotros mismos para prendernos de Cristo. La congregación que escucha a Lutero tampoco tiene motivo alguno para quedar embelesada por el "brillante orador": el mensajero desaparece totalmente detrás de su mensaje. Y cuando aparece, no se coloca de ninguna manera por encima de sus oyentes, sino que permanece con ellos en ese abismo hacia el cual puede descender sólo la gracia divina. El oyente mismo, así lo quiere Lutero, tiene la obligación de decidir si el sermón está en armonía con la Escritura. Y si está en armonía, debe escucharlo como si escuchara a la Majestad Divina en persona. "Por consiguiente", dice Lutero, "no te fijas en la persona, sino escucha lo que esta persona te dice, y examina si Dios habla a través de ella. Y si éste es el caso, doblégate bajo la palabra predicada. Y si un hombre de la ciudad o del campo oye a un predicador, debe decir: "Oigo y reconozco la voz del párroco: pero las palabras que pronuncia no proceden de él — ¿de dónde sacaría él las fuerzas para pronunciarlas?— sino que la excelsa Majestad de Dios habla por boca del predicador."

Que el oyente pueda escuchar el sermón de esta manera, no es, por supuesto, su mérito propio, sino que aquí ocurre el milagro de la fe, que no es menor que el milagro de la predicación. Aquí, Dios mismo abre los oídos del escucha mediante Espíritu Santo, le enseña a captar el mensaje contenido en palabras, hace surgir en su alma la imagen de Cristo como "Cristo dado por nosotros", y le da a conocer al Padre a través del Hijo. "Y con esto convierte al oyente en un miembro de la congregación que está dispuesto a cumplir activa y pasivamente la voluntad de Dios, o como cierta vez lo expresara Lutero: "entonces Cristo hace su habitación en el oyente y efectúa en él y por medio de él la esperanza de la fe y las obras de la obediencia. Entonces, la acción salvadora de Dios ha llegado a su meta, y el medio para lograrlo ha sido la predicación de la palabra.

K. Aland, "Luther deutsch", tomo 8, Epílogo.
CalWer Luther-Ausgabe, tomo 5, Introducción.

Traducido y adaptado por E. Sexauer.

**TRABAJO DE DIGITALIZACIÓN REALIZADO POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA.
TEMUCO, 31 DE OCTUBRE DE 2009**

www.escriturayverdad.cl